

COMENTARI BIBLIOGRÀFIC HACIA UNA VERDADERA FILOSOFÍA DEL NACIMIENTO. APROXIMACIÓN A LA TETRALOGÍA DE FERNANDO OJEA

Fernando Ojea, *Sentido del nacimiento y origen del sentido.*

Una reconstrucción del pensamiento de Freud; El nacimiento y la pregunta fundamental de la filosofía; Nacimiento y filiación.

Un examen filosófico de la relación entre padres e hijos.

Madrid: Arena Libros, 2008, 2010, 2012; 186 pp., 184 pp., 164 pp.

La memoria de la esperanza.

Salamanca: LC Ediciones, 2019, 352 pp.

Resulta extraño, y hasta paradójico, en nuestro tiempo, encontrar a alguien que dedica su vida a forjar, contra toda resaca posmoderna o nihilista, un sistema filosófico. Así lo hizo mi maestro, Eugenio Trías, con su filosofía del límite y de habitante del límite, en su intento por superar una modernidad deficiente y por confrontarse con todos los movimientos espiritualistas, gnósticos y *new age*, que parecían renunciar definitivamente a cualquier forma de razón. Y lo mismo ha hecho Fernando Ojea Ocampo en nuestros días. Partiendo de una ontología de la angustia —tal se titulaba su tesis doctoral, dirigida por la profesora Celia Amorós, en la Universidad Complutense de Madrid, en el emblemático año de 1992 y publicada en el año 2002—, se ha embarcado en la fascinante aventura de

formular una *filosofía del nacimiento*. Para los conocedores de la filosofía del siglo XIX y del XX resulta evidente que la angustia constituye el fenómeno central de toda la reflexión filosófica. La angustia es el eje de la filosofía de la libertad de Schelling, de la filosofía del espíritu de Hegel, de Kierkegaard como base de la vitalidad del individuo personal que experimenta la desesperación que le predispone para el salto de la fe, y, sobre todo, del primer Heidegger, en su obra *Ser y Tiempo*, donde la angustia es el rasgo fundamental de su ser para la muerte (*Seyn zum Tode*).

Lo que una mayoría de gente quizá ignore —y que Fernando Ojea supo recoger en su obra sobre Freud, *Sentido del nacimiento y origen del sentido* (Madrid: Arena Libros, 2008)— es que la angustia fue el centro de la disputa psicoanalítica de Freud con sus discípulos, Adler y Jung, pero, sobre todo, con el genial Otto Rank, quien, en su obra *El trauma del nacimiento*, retrotrajo la escena edípica freudiana de la libido en su configuración erótica al trauma originario del nacimiento, en el ámbito de una libido vital. Será esta angustia del nacimiento, que luego se explorará en las fértiles regiones del simbolismo estético y religioso, la que permitirá la transición desde una ‘ontología de la angustia’ a una ‘filosofía del nacimiento’.

Dicha filosofía del nacimiento, con base en la angustia, es la que tendrá una imponente poderosa, vía Schelling, en el curso filo-

sófico del segundo Heidegger, el de la *Kehre*, que ya vemos en sus obras *¿Qué es metafísica?* (1929) y *Los conceptos fundamentales de la metafísica* (1930). Aquí la angustia ante la Nada es angustia ante la presencia del Ser como fundamento de todo lo viviente. No resulta casual que la vuelta a los griegos de Heidegger empiece con un comentario sobre la *physis* en Aristóteles, y otro sobre el concepto de verdad (*aletheia*) en Platón, a la par que con la lectura meditada y atenta del Idealismo alemán, partiendo de Leibniz y llegando a Hegel. Nociones como ‘origen’, ‘apertura’, ‘abismo’, ‘horizonte’ o ‘cuaterna’ plagan los senderos del pensamiento maduro de Heidegger. Además, como ya ha sido señalado numerosas veces, la necesidad de formular una filosofía del inicio, tras haber llegado a una vía muerta con su obra *Ser y Tiempo*, produjo este giro (*Kehre*) en su obra, y condujo a su discípula predilecta, Hannah Arendt, a elaborar su filosofía de la acción en términos de una filosofía del nacimiento.

Con estos precedentes en mente se entiende bien el planteamiento de Fernando Ojea a la hora de formular una filosofía del nacimiento en su tetralogía: *Sentido del nacimiento y origen del sentido. Una reconstrucción del pensamiento de Freud* (Madrid: Arena Libros, 2008), *El nacimiento y la pregunta fundamental de la filosofía* (Madrid: Arena Libros, 2010), *Nacimiento y filiación. Un examen filosófico de la relación entre padres e hijos* (Madrid: Arena Libros, 2012), y que culmina de un modo totalmente coherente en esta *La memoria de la esperanza* (Salamanca: LC Ediciones, 2019).

Será en esta última obra donde se lleve a cabo la prueba de la filosofía del nacimiento

elaborada hasta la fecha. Una filosofía del nacimiento se la juega en su confrontación con la ineludible cuestión de la muerte. La asunción de los puntos de vista heideggerianos, y fenomenológicos, implica una formulación de una filosofía de la finitud que rehúye excusarse en vidas del más allá, trasmundos o espacios simbólicos del tipo que sea. Nos encontramos con una filosofía de la conciencia nacida (de ahí el débito de esta propuesta a los presupuestos fenomenológicos y hermenéuticos, como reconoce el propio autor), cuyo imperativo es la preponderancia del presente y de la presencia, aunque, como veremos, haya de expandirse y retrotraerse constantemente entre el pasado y el futuro, entre el origen y el fin. Esta filosofía del nacimiento que privilegia el fenómeno del nacimiento como fenómeno original intenta establecer las conexiones entre el ser como proyecto, arrojado a la existencia, debatiéndose entre el origen y el fin, entre el horizonte de la expectativa de una libertad emancipada del instinto y referida a un mundo, y ese seno matricial del cual emerge como donación gratuita. El círculo hermenéutico, círculo vicioso, es aquí el del nacimiento como donación originaria, como herencia, encargo y proyecto. Tal es la grandeza de la segunda obra de esta tetralogía, *El nacimiento y la pregunta fundamental de la filosofía* (2010), donde se encuentra el suelo metafísico de esta propuesta filosófica. Esta línea, que aún a Heidegger con el psicoanálisis, ha sido también proseguida y explorada en nuestros días por Peter Sloterdijk en su trilogía *Esféricas*.

Pero donde esta filosofía del nacimiento da un paso más allá de los esbozos que encontramos ya en Rank, Heidegger, Arendt

o Sloterdijk, es en su revisión del papel de la paternidad y la maternidad. En su obra *Nacimiento y filiación. Un examen filosófico de la relación entre padres e hijos* (2012), la cuestión del nacimiento se enfoca desde la relación de filiación padre-hijo, madre-hijo e hijos-padres. En esta trinidad de relaciones se establece la cuestión del don y la devolución, de la herencia, del papel de la maternidad y del sentido de lo paternal. Esa obra rompe, con acierto, con el paradigma freudiano y psicoanalítico que ha dominado durante dos centurias en su acercamiento al fenómeno de la paternidad, la maternidad y la filiación. Uno de los grandes descubrimientos y aportaciones a la filosofía del nacimiento de Fernando Ojea es su comprensión, rica y profunda, de lo maternal y lo paternal, diferenciado en el ámbito de la filiación. Lo paternal personifica el papel de la ley, la costumbre, la libertad conformada y edificada, la experiencia cristalizada que ha dado forma a la potencia vital de la libertad humana en una vida modelada. El padre constituye el generador de posibilidades en la libertad de los hijos, su estímulo y su obstáculo, contra el cual el hijo ha de aprender a modular su propia existencia reconociendo el doble juego de herencia y ruptura, de similitud y disparidad, de gemelidad y rebeldía. Por su parte, la madre es la que constituye, por su vinculación con el nacimiento y la libertad como prolongación de la vida abierta en el nacimiento, el apoyo incondicional, el soporte y fundamento que impele a la vida a su perfección y culminación.

Esta noción de filiación, modulada en clave de maternidad y paternidad, es retomada e ilustrada de un modo magnífico en

este último libro, *La memoria de la esperanza* (2019), donde la confrontación de una ontología, de clara filiación heideggeriana, se enfrenta con su progenitor: el ser para la muerte. La muerte no es aquí abordada como fenómeno subjetivo, como anticipación de la conciencia en referencia a su fin, a su finiquito. La muerte aparece aquí inserta en el seno de una filosofía de la filiación, donde la muerte ya no es un fenómeno subjetivo u abstracto sino polarizado por la intersubjetividad de lo que irrumpe como nuevo e independiente, rompiendo toda provisión y previsión: el hijo. El orden de la vida es el de la filiación, según la cual la muerte de los padres ha de preceder, como lo ha hecho en el orden de la generación, a la de los hijos. Una filosofía de la finitud en el marco de la filiación otorga el consuelo —como vieran Platón, el pensamiento romano y todo pensamiento humano desde sus orígenes— de la descendencia: del otro radical en el que yo mismo me sobrevivo y prolongo. La perpetuación por generación física es, pues, como muestra el marco amplio de la herencia y de todas las instituciones humanas que la rodean, el consuelo metafísico profundo de aquel que sabe que ha sido invocado a la existencia para morir. Dicho consuelo metafísico de una filosofía de la finitud en la que el orden vital establece la línea genealógica (como ya viera Nietzsche) como base misma del orden histórico se enfrenta, en su ley general, con una profunda anomalía (con un «estado de excepción» diríamos siguiendo a Agamben): cuando los padres se han de enfrentar al duelo por la pérdida del hijo.

Es aquí donde en sus capítulos centrales, «La muerte del hijo (el duelo paterno)» y

«La muerte del hijo (memoria materna)», el autor se enfrenta, como Teseo en el laberinto, con el verdadero corazón de las tinieblas de su propuesta filosófica. Se le ve porfiar luchando por redimir una memoria de la esperanza que ya no puede experimentar consuelo, una vida frustrada y truncada que ya no admite redención ni salvación. De un modo extraordinario, Fernando Ojea nos muestra cómo el padre, que debía ser moderado y atemperado por la rebeldía del hijo que le devuelve el eco de su propia identidad, cuestionando en lo profundo su proyecto libertario, despertando en él la memoria perdida de su libertad naciente, debe ahora, mediante la recreación de la memoria del hijo muerto, mediante la incoación voluntaria de su *rasgo*, de la singularidad de vida nacida y del ejercicio de su libertad, cuestionarse a sí mismo, volverse el hijo de su hijo y de esta manera «vivir su vida con la memoria de su hijo», cumpliéndose el aserto de la teología medieval de que el Padre lo es tan solo en el Hijo y, por ende, que el Padre es el hijo del Hijo.

Más grandioso me parece el análisis llevado a cabo, al hilo de la figura de *Yerma* de Lorca, del duelo materno. Es difícil encontrar análisis contemporáneos que huyan de los manidos discursos sobre la cuestión de género para intentar abordar la conexión entre feminidad y maternidad. Me parece que este texto lo logra de una manera gráfica y elocuente. La maternidad aparece aquí como la esencia de lo femenino, aunque no se actualice ni se lleve a cabo: es el hambre fámedica de fecundidad, la pasión viviente por generar vida, por abrir la fuente misma del nacimiento a su apertura y realización. El hijo es aquí el símbolo mismo de una

vida que está llamada a generar de sí misma vida, la apertura a dicha posibilidad, la esencia misma de dicha potencialidad, es la ontología viviente de una afirmación radical de la existencia que la llegada del hijo solo viene a ilustrar y confirmar, pero que le trasciende y desborda.

Esa paradoja de que la maternidad es fuente de vida y nacimiento puede llegar a aproximar esta filosofía a la de Schopenhauer, haciendo incluso dudar de que el individuo tenga ninguna validez frente al mero sucederse de individuos, y acontecimientos, que alimentan el flujo vital incesante. Por eso, acercarse a la memoria materna es acercarse al agujero negro de esta propuesta filosófica. El autor lo hace con solvencia, confrontándose con una pluralidad de casos en los cuales la memoria materna hace enfrentarse con aquello que la invalida y repudia: el suicidio del hijo, el hijo desaparecido y lo que, poéticamente, el autor denomina «el hijo caído bajo el peso del mundo». Sin duda, el caso del suicidio del hijo confronta la libertad de los padres con el antagonista más claro del nacimiento. La sensación de fracaso y frustración domina por completo al individuo. Los progenitores se encuentran aquí con la difícil tarea de desaprobado el contenido de la acción (la de poner fin a una vida) remitiéndola a su origen: la libertad del suicida se fundamenta en la donación de la vida como posibilidad y apertura, como incoación a un proyecto vital de crecimiento y madurez. Los padres solo pueden realizar el ejercicio piadoso de una memoria de la esperanza si elevan al individuo caído hacia esa fuente de vitalidad, creatividad y fuerza que es haber nacido.

Frente a este caso extremo, los demás palidecen. El hijo perdido hace difícil el ejercicio de la memoria de la esperanza porque la ausencia de certeza sobre el finiquito del hijo impide llevar a cabo el duelo. Las madres que requieren el cuerpo del hijo difunto ansían con ello poner fin a la incertidumbre de su angustia. Para la madre, la angustia del nacimiento llevado a cabo a la hora de liberar al nacido a la intemperie de la existencia se pone de manifiesto, en su máxima agudeza, en este dolor por la incertidumbre de un hijo desaparecido. Parece claro que el autor tiene en su memoria a las Madres de la Plaza de Mayo, de su amada Argentina, como caso paradigmático de este sufrimiento sin igual.

El último caso, el del «hijo caído bajo el peso del mundo», alude a las causas injustas de una sociedad que pone fin a la vida antes de tiempo (hambre, guerras, violencia, injusticias). Aquí el duelo de los progenitores, su memoria ligada a la esperanza que aletea en el hecho de alumbrar una nueva vida, en abrir de nuevo el caudal de la continua regeneración, se rebela con fuerza ante una estructura social, inhumana, que impide llevar a cabo la esperanza que aletea en todo nacimiento. Sin duda, la indignación y la rebeldía de los padres que han perdido un hijo por esa causa son el verdadero motor de toda revolución.

Es desde aquí donde el autor conecta, con gran agudeza, la filosofía del nacimiento con su dimensión política. Una política, como la llevada a cabo en la contemporaneidad, que establece una dialéctica infernal entre países ricos, del primer mundo, viviendo en la superabundancia —verdaderos geriátricos, aunque su autor no lo diga—, y países

pobres, del tercer mundo, donde la esperanza de vida decae trágica y alarmantemente, da lugar a una estructura donde solo unos privilegiados pueden llevar a cabo el proyecto vital que en todo nacimiento aletea. Una política del nacimiento debería crear las condiciones de justicia y equidad entre países que permitieran que todo nacimiento pudiera realizarse de un modo pleno y personal. Aunque el autor insiste en que no está abogando por una política de incremento de la natalidad sino por una reivindicación de un mundo más justo donde la libertad de iniciar la vida, mediante el nacimiento, se pueda desarrollar de un modo pleno, parece obvio que es la natalidad la fuente, y el criterio, para discriminar qué ejercicio de la política es legítimo y justo, y cuál no.

Por último, y aunque no parezca en principio guardar una estrecha relación con los casos abordados, donde la filiación se confronta con el fenómeno de la muerte, en lo que tiene de antinatural, absurdo y terrible, el autor, siguiendo la línea de Heidegger, se encara con la cuestión de la historia. Pareciera que toda historia es la lucha por escribir un determinado curso de la memoria frente a otros. La memoria parece agotarse en recuperar, frente al olvido, el recuerdo de lo sido. No obstante, aparece con nitidez que toda memoria lo es del pasado en referencia al porvenir. Es ese porvenir, ese fin que se anhela y persigue, el proyecto que guía toda vida, el que determina el ejercicio de la memoria en su recuperación del pasado. De ahí que si la memoria es memoria de la esperanza (tal es la tesis de este libro), porque se retrotrae a la fuente de la que emerge todo proyecto y potenciali-

dad, a la raíz del nacimiento, resulta claro que la memoria busca en el pasado todo rasgo que le permita encontrar la fuente naciente de toda vitalidad y esperanza del futuro. De ahí que, en la línea de Benjamin, se busque en el pasado todo germen, todo rasgo, todo elemento con potencial de vida que quedase abortado o sin desarrollarse. Ese «peinar la historia a contrapelo» es ahora el ejercicio piadoso de la memoria que, en la línea de Paul Ricoeur, sostiene el recuerdo de los vencidos, de los marginados, de los sesgados y anónimos, fuera del curso oficial de una historia hegemónica o de los vencedores.

En el marco de esa relectura de la historia desde una filosofía del nacimiento cobra nuevo sentido, como ya ocurriera en Heidegger, el papel de la obra de arte y de la poesía. La verdadera obra de arte es aquella en la que se consigue plasmar el rasgo de su autor: la personalidad única que en la existencia de la obra de arte singular es capaz de salir a la luz. La obra de arte condensa en sí el misterio del nacimiento de lo singular, quedando plasmada en materia permanente, como en la escritura, que la memoria piadosa puede visitar y meditar para extraer, en el ejercicio hermenéutico de recepción, las posibilidades inscritas en ella. En la obra de arte, como quería Heidegger, brilla con fulgor propio la capacidad y fuerza del nacimiento. Aquí se mezclan las nociones de apertura entre tierra y mundo que la obra de arte manifiesta, según Heidegger, siendo expresión de la *physis* en la *poiesis* humana, y las aclaraciones de Hannah Arendt sobre la naturaleza de la acción (praxis), diferenciada del trabajo y de la producción, como manifestación de la ini-

ciativa humana en tanto que expresión de la facultad de nacer. Novedad, apertura, futuro, generación, singularidad. Notas todas que concuerdan en armonía y perfección con la noción contemporánea de obra de arte.

La otra dimensión, la de la poesía, en un sentido cercano a la formulación heideggeriana de la poesía como «casa del ser», de un «decir que no es un hablar», con su capacidad de acogida de la apertura de espacio y tiempo que implica la *physis* como emergencia desde lo oculto. De igual manera la potencia de nacimiento, verdadera génesis de lo oculto en su apertura, reflejo viviente de la naturaleza, recibe su perfecta acogida en un ejercicio de *logos* humano que va mucho más allá de toda intención comunicativa pragmática o interesada. Siguiendo la estela de la poesía de Borges nos habla de esa capacidad del decir poético de acoger en sí el misterio de la vida y la muerte, del vivir humano en esa lucha titánica por llevar a culminación las propias posibilidades, asumiendo el carácter de su finitud, como aquello que dota de autenticidad a un vivir que finiquita, precisamente porque se renueva y sigue. El autor lo ilustra claramente con aquellos versos del poema «Arte poética», de su libro *El hacedor*: «También es como el río interminable / Que pasa y queda y es cristal de un mismo / Heráclito inconstante, que es el mismo / Y eso otro, como el río interminable».

Confrontar esta filosofía del nacimiento, de raíz heideggeriana, con la muerte, en el marco de la filiación, significa un modo nuevo de percibir la vida, al viviente y todo lo que le atañe. Ese nuevo modo del pensar requiere, como en Heidegger, ir más allá de

la metafísica y, aún más, de un pensar del Ser (*Erdenken des Seyns*). Retomando la idea de que el ser es *physis*, emergencia de lo oculto a la luz, clarear o apertura de lo cerrado, Ojea propone que el nacimiento, el nacer, sea la categoría central de la que el Ser sería una categoría derivada. Por eso esta filosofía supondría un paso más allá en la historia de la metafísica occidental, no solo más allá del ente sino más allá del ser. No obstante, el nacimiento, el nacer (en la naturaleza, en los seres vivos, en el hombre) se ve confrontado con el terrible hecho de la muerte. El nihilismo planea por encima de todos los proyectos postmetafísicos que han asumido la radicalidad de la finitud, renunciando a toda forma de trascendencia.

Aquí es donde se acuña la noción clave del presente volumen, donde el proyecto de la tetralogía del nacimiento choca con su Caribdis y Escila y parece sucumbir: *consentimiento*. El *consentimiento* es la palabra clave de este proyecto filosófico en torno al nacimiento que se mueve en un terreno extraño a sus dos parientes más próximos: estoicismo y cristianismo. El *consentimiento* parece ser burlado en la terrible queja barroca de nuestro Segismundo: «¿Qué soberano poder / hoy ser al no ser ha dado, / que yo conmigo he pasado / sin mí del no ser al ser?». El *consentimiento* parece ser cosa de los padres, de nuestros progenitores, que con su decisión abrieron la apertura a la irrupción de esa radical novedad de la que no son autores sino cooperadores. Pero, curiosamente, nacer no es una acción pasiva, un suceso que nos ocurre, un darse ajeno a nuestro ser mismo. Nacer es querer nacer, existir es voluntad de existir, todo vivir es consentir en el hecho radical de

haber nacido y encontrarse existiendo. Como el autor mismo afirma: «El hecho de que al pensar en esto nos asalte un cierto desasosiego, atestigua el portentoso abismo de toda experiencia nacida: la de haber ya consentido desde su desamparada desnudez en el don original, aterrador y fascinante, de nacer».

De este modo nacer es aceptar las reglas del juego de la vida, la carga de sufrimiento y muerte que implica todo nacer, pero, a pesar de ello, aprobarlo y sostenerlo como bueno. El nacimiento, el nacer, es el verdadero fundamento de toda esperanza que ha de mover a todo lo viviente al desarrollo plenipotenciario de su nacimiento mediante el ejercicio pleno de su libertad y la aceptación profunda de la finitud y la muerte, implicándose en dejar herencia en forma de hijos, obras de arte y poesía, haciendo historia que pueda ser recreada por todos los que nos sobreviven. Nacer es estar continuamente naciendo, ejercitando libremente, en el caso humano, esa potencia original que nos ha dado a luz en el mundo.

Resulta evidente que esta tetralogía, precedida por su ontología de la angustia, ha de ser culminada con un último libro sobre una ontología del nacimiento que, en el fondo, será una filosofía de la Vida. Esta afirmación radical del nacer (en su dimensión física, natural, humana y espiritual) se enfrenta con múltiples incógnitas: ¿cuál es el origen de esta potencia de nacimiento?, ¿basta el hecho de recurrir al ineludible *factum* de encontrarse existiendo?; el horizonte de una vida que se desarrolla desde el nacimiento hasta la realización plenipotenciaria de su propio nacer implica grados y un fin distinto al inicio, ¿el objetivo de la

vida es tan solo perpetuarse en términos nietzscheanos y panteístas?; si hay un proceso gradual donde, como dicen Heidegger y el autor, la vida humana supone una apertura radical, un clarear del ser, en la que el hombre es liberado del instinto e irrumpe la libertad, entonces hay un salto desde la animalidad a la espiritualidad humana que implica que el hombre no puede reintegrarse tan solo en el orden de la *physis* o de la naturaleza, ¿la vida no quiere más vida sino vida espiritual?; por último, la gran paradoja de nuestro Unamuno, y también de Platón: nada hay más singular que el nacimiento y, resulta obvio, que herencia, descendencia, obra, fama son formas inmanentes de permanencia donde el individuo no persiste sino en la memoria de las generaciones futuras, como cooperador entre generaciones, pero donde la individualidad, afirmada en el hecho mismo de su existir,

no quiere tan solo existir sino que anhela la inmortalidad, la integridad plena de sí misma. El suicidio, el miedo a la muerte, el anhelo de permanencia de la vida sostienen con claridad que la vida no anhela tan solo existir sino una vida feliz, una vida plena, una vida eterna. Explicar cómo la muerte, y la aceptación de la finitud, no son el fin sino el término de un impulso vital humanizador que va más allá del mero vitalismo que busca un consuelo inmanente en la existencia natural, ese sí es un buen objetivo para una ontología del nacimiento que sea una verdadera filosofía de la Vida. Por lo demás, el magnífico proyecto filosófico de esta tetralogía de Fernando Ojea, que le ha llevado más de dos décadas elaborar, nos ha puesto en la senda correcta para dar con ella.

Fernando PÉREZ-BORBUJO ÁLVAREZ
Universitat Pompeu Fabra